

Habitación 238

M^a Consolación Cuesta Rodríguez

Prólogo

Escribí “Habitación 238” con el corazón. Lo hice desde la incertidumbre y la angustia. Desde el temor y el amor. Desde el más absoluto aislamiento físico y mental, que un ser humano puede llegar a sentir, cuando la esquizofrenia, enfermedad maldita en tiempos pretéritos, se cuela en tu vida haciendo presa en un ser muy cercano a ti. Hoy no se les encierra en la habitación más alejada de la casa, ocultándoles como si la deshonra más terrible hubiera caído sobre la familia. Ahora, afortunadamente, son tratados por especialistas competentes, pueden salir y pasear, acudir a Centros de día donde trabajan y tienen ratos de ocio. Pero la esquizofrenia, y, por supuesto, las personas que la padecen, siguen siendo tratadas con “connotaciones especiales”. La Sociedad las rechaza. Tanto la prensa hablada como la escrita, al lado de crímenes execrables, conductas aberrantes y actos delictivos deplorables, suelen dejar caer la palabra esquizofrénico, sin otra información que las que les dio alguien que pasaba por allí... Nunca, hasta el día de hoy, al lado de un posible culpable, he leído que fuera diabético o padeciera una cardiopatía, por ejemplo. Los periodistas deben echar mano de su ética profesional y dar la noticia con la discreción debida porque, como cualquier ciudadano, ellos también tienen derecho a que su intimidad no sea vulnerada. Será un psiquiatra quien valore su salud mental, y un juez quien determine su sentencia.

En el relato entremezclo episodios de mi infancia y juventud, porque, casualmente, hice todos mis estudios en la pequeña ciudad a la que regresé

con motivo de ingresar a Fernando, en el Hospital recomendado por su Psiquiatra. Existe tanta relación entre la enfermedad de mi hijo y algunas vivencias que tuve durante mi infancia, que he sentido la necesidad de escribirlo. Todo lo contado en él es real, vivido por los dos, minuto a minuto, durante muchos días de nuestra vida...

Aprovechando uno de los muchos periodos en los que mi hijo estuvo ausente, ingresado en el Centro que más me conmocionó por las causas que cuento, que, entre recuerdos, lágrimas y taquicardias, fue surgiendo “Habitación 238”, y fue como una bendita terapia, en la que por fin, he sacado de dentro de mí todo lo que tantas veces escribí, y otras tantas borré...

**“ Fue el fracaso quien
me enseñó a escribir, y
lo poco que sé de la
victoria. A él le debo
casi todo...”**

Leopoldo María Panero

Hoy vuelvo a Palencia, mi pequeña ciudad. Una terrible tormenta de rayos, truenos y granizos, descarga sobre ella. Ha finalizado el verano, y ha dado paso al recién estrenado otoño, que llega desapacible. Un fuerte viento desnuda las ramas de los árboles que bordean la carretera, arrancándoles las hojas amarillentas, ocres y de color caldera, y alfombrando el suelo con ellas. Me encanta esta estación, tan variable como tus estados de ánimo, Fernando. En breve espacio de tiempo puede mostrarse suave y apacible, o violenta e inestable, como tú. Hace media hora lucía un sol espléndido sobre un cielo inmaculadamente azul. De pronto, el astro rey, se agazapó entre las nubes, y el cielo se tornó de un amenazador gris plumizo. En unos instantes comenzó a soltar agua con tal intensidad, que me hizo temer que tal vez estuviéramos ante un nuevo Diluvio Universal.

Allá, al frente, apareció Él, con sus inmensos brazos extendidos en cruz. Las tormentas con aparato eléctrico siempre me han producido respeto y miedo.

En este momento, ni cien tormentas como ésta, ni mayores, hubieran sido capaces de atemorizarme. El Cristo del Otero estaba allí, encaramado en aquel cerro. Cuidando, desde tiempos inmemoriales, de las gentes de mi ciudad, de los viajeros que llegan a ella, y de los que se van. ¡Cuántos recuerdos me traes!. Un día de abril se celebraba tu Fiesta. Espero que no se haya perdido esa costumbre. Desde tu inmensa boca, eran arrojadas bolsas con bocadillos de pan y queso, que nos disputábamos toda la chiquillería de aquella época, como auténticos vándalos. Yo nunca conseguí coger ninguna. Era Eloína, mi hermana tres años menor que yo, la que lograba hacerse con ellas, y repartía conmigo.

¡Cómo ha cambiado mi vida desde entonces!. ¡Tú también has cambiado, querida ciudad!. Hoy no he llegado hasta aquí en aquel autobús desvencijado y renqueante de mi adolescencia, que tardaba un día entero en recorrer los cien kilómetros que separaban Los Fresnos de Palencia. Ni porto aquella maleta de cartón, la misma que llevó tío Federico cuando fue a cumplir sus obligaciones para con el Ejército, llena de recuerdos bonitos de mis vacaciones de verano, recién terminadas, y de ilusiones ante el comienzo de un nuevo curso escolar. Hoy he venido a visitar a mi hijo Fernando, ingresado en un Centro Asistencial, que es, ni más ni menos, que el “eufemismo” que se emplea en sustitución de Hospital Psiquiátrico, donde intentarán ayudarlo a salir de su adicción al alcohol, y a suavizar los síntomas de su enfermedad.

Me fijo en los rostros de las personas con las que me cruzo. A muchas creo reconocerlas por haber compartido paseos con ellas por los soportales de la Calle Mayor, uno de los lugares preferidos por la juventud de entonces para reunirnos. Palencia, hace un montón de años, era una ciudad muy pequeña donde nos conocíamos, casi todos, de vista. Algunos niños y adolescentes, de éstos que pasan delante de mí, pudieran ser los nietos, de aquellas jovencitas que nos disputábamos la compañía, o

simplemente la mirada, de nuestros galanes preferidos. ¡Qué lejos quedan aquellos guateques de estudiantes, modistillas, oficinistas y dependientes!. En la Huerta Guadián, que no sé si existirá ya, bailábamos desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche, hora en la que había que ir pensando en regresar a casa. Me gustaría saber de mis amigas Lola, Margot y Amparín. Exceptuando Margarita, que fue Mis Palencia un año, las demás éramos atractivas, ¡quién no lo es a los diecisiete años!, y muy simpáticas. Margarita era el cebo. Los chicos se acercaban a nosotras como las moscas a la miel. La miel era Margot, y bailaban primero con ella, pero se quedaban con nosotras porque éramos, según ellos, más saladas. ¡Cómo nos divertíamos en aquellos bailes de tardes y sol, de apretoncillos suaves, de castos besos robados, de despedidas al atardecer: ¿“*Vendrás el próximo domingo?*”, te preguntaba el enamorado galán de aquella tarde. Nos hacían a todas la misma pregunta. Creo que sí, respondíamos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. Nos divertíamos de lo lindo en aquellas fiestas de canciones románticas, y de “pipas Facundo, famosas en todo el mundo”, ese era su slogan. Tardes de almendras garrapiñadas y refrescos sin alcohol, si nuestra modesta economía nos lo permitía...

¡Cómo me gustaría saber de mis compañeras de estudios!. Recorro los lugares que más frecuenté durante mis años de estudiante. Mi Colegio, El Santo Angel de la Guarda, está igual que cuando yo lo dejé aquel lejano mes de junio, de hace tantos años, que ni los recuerdo. Están recién pintadas las ventanas, que tuvimos que cerrar a cal y canto, cuando vino a rondarnos la Tuna de la Facultad de Medicina de Valladolid. “*Niñas, ni se les ocurra asomarse por las ventanas. Éste es un Colegio serio. ¡Faltaría más!*” En su aspecto exterior, el edificio ha sido restaurado, pero sigue conservando ese estilo inconfundible de Convento de Religiosas. ¿Seguirá todo lo mismo dentro?. ¿Habrán cambiado el ancho pasillo, que daba acceso a las aulas de la

primera planta, donde nos ponían de rodillas con unas enormes orejas de burro, encajadas en las nuestras, cuando no sabíamos la lección, o colgábamos un monigote en la toca blanca y rígida de las monjas?. A mi hermana Eloína, que siempre estaba arrodillada con los enormes apéndices de cartón, cuando las demás niñas salían o entraban en las aulas, parecía que le daba igual. La única vez que estuve castigada con las descomunales orejas sobre las mías, lo pasé fatal. ¿Seguirá oliendo a internado?. Era un tufillo, ni bueno ni malo. Una mezcla inconfundible de olores castos de monja y capellán, de colonia fresca de niña, de flores de Capilla y lentejas, que nunca más he vuelto a sentir.

El Parque que rodea el Instituto “Jorge Manrique”, tampoco ha cambiado. Los estudiantes de ahora, como los de siempre, un rato antes de comenzar los exámenes, intentarán recordar a la sombra de los viejos robles, las preguntas que creen les van a salir. Prepararán las “chuletas” que, salvo algunos y algunas muy hábiles, no se atreverán a consultar. Yo sólo lo intenté una vez en el examen de Geografía e Historia. Estudiaba segundo curso de Magisterio. Organicé tal lío, e hice tanto ruido con el papelillo de la chuleta, que me pilló el profesor. Me expulsó de clase, me suspendió, y tuve que presentarme a recuperarla. Si hubiera escrito lo que sabía, habría aprobado...

Ignoro dónde estará la nueva Escuela de Magisterio. Hay un bonito edificio donde estaba en la que yo hice mis estudios. ¡Cuántas inquietudes, ilusiones y algún que otro desengaño!, compartidos entre clase y clase, aquí en esta Plaza llamada de la Catedral. Ante ella estoy. Esta “Bella Desconocida”, éste es su apodo, y casi desconocida es para el gran público, ahí sigue. Y seguirá para deleite de futuras generaciones. Esta joya arquitectónica de estilo gótico, edificada sobre una ermita románica, se empeña en disimular, con una estructura exterior poco atractiva, toda la belleza que esconde dentro. La comparo con una joven de físico un tanto vulgar, que

guarda en su interior un espíritu exquisito. No creo que sea demasiado afortunada la comparación.

No sé si *“cualquiera tiempo pasado fue mejor”*, como dijo el poeta. Para nosotros, en los tiempos que corren, soplan malos vientos, hijo. Sobre todo para tí, que comprendiste que habías tocado fondo, cuando te bebiste una botella de ginebra, y media docena de cervezas. No era la primera vez. Te dije siempre que por el camino del alcohol no encontrarías la solución a tus problemas. Cierto que son muchos. Pero si tratas de evadirte así, bebiendo, te hundirás cada vez más. Nos recomendaron este Hospital, separado de la ciudad por el río Carrión..El Puente de Piedra, románico también como los cimientos de la Catedral, lo atraviesa, y nos lleva hasta “El Montecillo”, lugar donde se encuentra. El entorno no puede ser más bonito. Situado en pleno Monte Viejo, todo lo que rodea al Centro, es gratificante para la vista y para el espíritu. Por el extenso y cuidado parque de árboles centenarios, se pasean presumidos cisnes, ruidosos patos, y otras aves acuáticas que, de vez en cuando, se salen de su estanque y se mezclan con los llamativos pavos reales. Cuando éstos extienden el abanico brillante y multicolor de sus colas, y se pasean “pavoneándose”, nunca mejor dicho, delante de las poco atractivas pavas, a las que tratan de conquistar, el espectáculo es único. No sé que tienen los Hospitales regidos por Órdenes Religiosas... Suelen ser luminosos y bien cuidados. Fernando, hijo, espero que tu estancia aquí te sea muy beneficiosa, y regreses pronto a casa.

¡Quién me iba a decir a mí que treinta y cinco años más tarde de aquel día en el que viniste al mundo a la misma hora en que moría Juan XXIII, y que tu llanto de recién nacido, se mezcló con el triste sonar de las campanas de todas las Iglesias de Santander anunciando la triste noticia, y que cuando metí mi dedo entre tu puñito cerrado apretaste con fuerza, como agarrándote a mí, hoy vendría a visitarte

aquí...! A este lugar, que yo miraba con cierto recelo cuando pasaba de niña con mi bicicleta, y leía en el cartel metálico, pintado de blanco, abandonado y con las esquinas dobladas, escrito con grandes letras negras: “Manicomio”. *Papá, hoy he estado cerca del Manicomio, y he tenido miedo. ¿Si se escapa un loco, padre, me hará daño?. “No lo creas, hija”,* me decía mi padre. Y continuaba: *“toda la vida llevan ahí, alguna vez se han escapado, y jamás han hecho mal a nadie”. No pasaré más por allí,* insistía yo. *“Bueno, hija, pues si tienes miedo, pasea por otro lugar”,* me contestaba. Y ahora estoy aquí, muchos años más tarde, en el mismo lugar que me daba miedo de pequeña, porque tú, hijo mío, que eres lo que más quiero, estás dentro. ¿Sabes madre?, pienso que si tú estuvieras junto a mí, en estos malos momentos, mi pena sería más liviana, porque la compartiría contigo...No te conocí, pero siempre te he echado de menos.

“Centro Asistencial San Juan de Dios”. Sigo leyendo sobre un inmenso cartel de color azul como el cielo de Castilla: “Religiosos Hospitalarios”, o algo así. La emoción que me embarga porque estás allí dentro, que por otro lado en nada me recuerda el edificio gris, y hasta algo siniestro, que yo había conocido, ha empañado mis ojos y no acierto a ver con claridad lo que dice el cartel. Habitación 238. No sé bien por qué sumé mentalmente: dos más tres, más ocho, son trece. Mi fecha de nacimiento. Aquí vives, Fernando. Mejor dicho, aquí vivimos, yo con el pensamiento. Este Hospital, y otros, y este número de habitación, forman para siempre, parte del bagaje de nuestras vidas.

En el largo peregrinar de una existencia larga, siempre hay un antes y un después. Incluso puede haber varios antes, y varios después. Mi primer antes duró hasta el mismo instante en que yo oí, por casualidad, a mi padre decirle a su segunda esposa, mi madrastra, que iba a retirar aquel libro que tenía en la manos, y *“colocarlo fuera del alcance de las niñas”*. Estas fueron sus palabras. Desde entonces

comencé a fijarme en aquella novela de pastas de tela gris, en el que nunca había reparado antes, y, que a partir del comentario de mi padre, decidí leerlo por encima de todo, en la primera oportunidad que tuviera. En el dorso del libro se leía con letras negras: "Vidas Grises". No recuerdo el nombre del autor. Creo que era extranjero. Mis lecturas preferidas de entonces eran: la colección de "Celia y Cuchifritín", los Cuentos Mensuales de "Corazón" de Edmundo d' Amicis, y alguna novelilla rosa, camuflada entre los libros de texto, que quedaron de momento olvidadas. Subí una banqueta en la mesa camilla de la sala de estar, me encaramé sobre ella con peligro de mi integridad física, y cogí el dichoso libro. Lo leí de un tirón. Acababa de cumplir doce años. Y es a partir de este momento, cuando empieza mi primer después. Hubo muchas noches que me despertaba envuelta en un sudor frío, y aterrorizada. Tardaba un rato en darme cuenta de que yo no estaba encerrada en aquel manicomio, donde se desarrollaba la trama del libro. Que no compartía habitación con aquella señora despeinada, que paseaba por el patio una sucia muñeca de trapo en una caja de cartón, con la que mantenía diálogos tiernos e incoherentes, porque creía que era la hija que le quitaron. Que yo tampoco era la doctora que tenía un despacho rodeado de rejas, a las que se agarraban sus pacientes gritando que les curara... No recuerdo cuando dejé de tener pasadillas. Nadie me ayudó a superar mi miedo, porque nunca se lo conté, ni siquiera a mi hermana Elo, para evitar que mi padre se enterara de que había tenido la osadía de leer el libro prohibido.

Antes de decidirte a venir aquí, nuestra convivencia se había deteriorado de forma alarmante. Cuando sentía tu llave en la cerradura de la puerta de casa, mi corazón aceleraba su ritmo, porque no sabía si vendrías ebrio y tendría que escuchar insultos, que jamás pronunciarías estando sobrio. Dime hijo: ¿Qué pasa por tu cabeza para que no puedas vivir en tu apartamento, disfrutando del sol de cada mañana?.

¿Por qué eres incapaz de escuchar tu música preferida, o leer tus libros favoritos? ¿Cómo es posible que no seas capaz de vencer esa afición tuya de visitar algunos bares, que tú mismo detestas, porque aseguras que huelen a humo y alcohol, y que solitario y perdido, apoyado sobre el mostrador, trates de olvidar tus problemas delante de una copa, cuando ni siquiera sabes, ni quieres beber?. Después te sientes culpable y regresas a nuestra casa deprimido y triste, o colérico. Depende de como encajes el maldito veneno que terminará contigo y conmigo. Sabes por experiencia, que la falsa euforia que produce el alcohol mientras estás ingiriéndolo, se transforma en breves minutos en un decaimiento tal que, a veces, temo que tomes alguna decisión que pueda hacernos daño.

Así te encontré, de abatido, aquel miércoles. Eran las seis de una calurosa tarde de verano. Estabas sentado en el suelo a la entrada de la Urbanización donde vivimos. ¡Nunca podré olvidar tu aspecto!. Habías bebido, Fernando. No sé si llegaste solo, o alguna persona te ayudó. Te descubrió Ciro, nuestro perrillo, que insistentemente tiraba de la correa para llevarme hacia ti. Estabas al borde de un coma etílico. ¡Nunca podré olvidar tu aspecto!. Tenías los ojos cerrados, y tu frente estaba fría y sudorosa. Tu aspecto era el de un hombre aseado, pero, ¡tan derrotado!, hijo... ¡Tan hundido estabas, Fernando!. Yo sola no podía contigo. Pasó un bombero a ayudarme. Llamamos a una Ambulancia, que te trasladó a Urgencias del Hospital más cercano. Había tres cabinas libres, pero fuimos relegados y abandonados en un rincón oscuro. ***“Hasta que se le pase la borrachera”***, me dijeron. Según la enfermera, daba muy mala impresión ver a una persona bebida en un Hospital. Nunca entendí el desprecio con el que fuimos tratados. Si nos hubieran metido en cualquier cabina, habrías dado menos mala impresión, porque te hubiera visto yo sola, que fui la que te cuidé, hasta que decidimos, en vista del olvido total, y una vez que comenzaste a tenerte en pie, irnos.

Antes reclamé la atención del Psiquiatra de guardia, y la misma persona, nos dijo que no había. ¡Qué paradojas tiene la vida!. Sólomente con haber pronunciado un nombre, aquella enfermera, bastante negligente en el cumplimiento de sus obligaciones, nos hubiera atendido rápidamente. No quise hacer ninguna denuncia. Pero sí supe, por propia experiencia, que hay trabajadores sanitarios a quienes falta caridad y ética profesional.

Lucharemos juntos y venceremos, Fernando. Cada semana recorreré los más de doscientos kilómetros que me separan de ti, e iré a visitarte. ¡Cuánta soledad!. ¡Cuánta tristeza veo en tus ojos!. ¡Tendrás que aprender a vivir con tu enfermedad, y sin alcohol!. Dicen que es difícil salir de la adicción, pero no imposible. *“Ayúdame madre”*, me decías en la última visita. Cuando paseábamos por los cuidados senderos del Centro Asistencial, después de comer en un restaurante de la ciudad, me hablaste de que tu vida estaba acabada, que no tenías nada, que lo habías perdido todo. De vez en cuando callabas, y caminábamos durante algunos minutos en silencio. Yo no me atrevía a romper ese silencio que adivinaba denso, lleno de interrogantes. Sabía que en tu mente bullían montones de pensamientos que, algunas veces, compartías conmigo. Otras, preferías guardarlos para ti. *“Me preguntas por qué estoy tan decaído esta tarde, madre”*. Cuando te ponías trascendental me llamabas madre, en vez de mamá. Y a mí me encantaba. *“¿Cómo quieres que esté?”*, continuabas. *“¿ Te parece que puedo estar de otra forma viviendo, como vivo, en un Frenopático, porque no puedo estar en otro sitio...?”*. ¡Qué mal me sonó la palabreja, hijo!. Eres un hombre culto y enseguida me aclaraste: *“Esta palabra, que a ti te suena tan mal, viene del latín “phrenós” que significa alma. En ella, en el ánimo, se localizan los sentimientos. Cuando éstos se desbocan, por las circunstancias que sean, pues te los ponen freno.* No sé si te lo inventaste hijo, pero yo creo tanto en lo que dices, que ni me molesté en comprobarlo.

Fuiste un niño simpático, que compartías tus juguetes con tus amiguitos. No sé qué pudo suceder, pero te volviste, poco a poco, un adolescente complicado. Eras algo bohemio y desorganizado con tus estudios. Te gustaba cantar y tocar la guitarra. Lo hacías bastante bien. Eras líder de un grupo incondicional de amigos. Y ahora eres un adulto solitario. Recuerdo una vez que te negué un juego de cuerdas para la guitarra, porque tus notas no habían sido buenas y tendrías que estudiar más. En un ataque de furia incontrolada, rompiste los cristales de la ventana. Conseguiste asustarme.

Te llevé a un neurólogo, porque yo pensé que habías perdido los nervios. No te recetó nada. Su respuesta me dejó desconcertada: ***“Usted, lo que tiene que hacer cuando su hijo le pida un juego de cuerdas para la guitarra, es comprarlas”***. Me sorprendió la respuesta, pero él era el profesional, aunque no volví. Tal vez me equivoqué en tu educación. No supe, o no pude hacerlo mejor. ¡Perdóname, hijo!. No sé si el exceso de celo por mi trabajo, me hizo desatenderte a ti. Tal vez éste era nuestro destino...

Terminaste BUP, aprobaste la Selectividad y te fuiste a la Universidad. Me pareció que habíamos puesto “una pica en Flandes”. No eras un buen estudiante. Pero te defendías porque tu coeficiente intelectual es alto, según las pruebas que te hicieron en el Colegio. Te matriculaste en Derecho. Comencé a soñar... Te veía licenciado en Leyes. Las madres, por regla general, tenemos tendencia a hacer nuestros vuestros proyectos de vida, antes de tiempo: Serías un eficiente abogado. Tendrías un bufete, y serías un profesional de éxito. Yo, tu madre, pasaría todos los días por la calle donde tendrías una preciosa placa, y sobre ella, escrito en letras grandes doradas, tu nombre, que yo leería orgullosa, encima de la ventana de tu despacho. Soñar no cuesta nada, hijo. De este sueño desperté el día que me comunicaste que dejabas Derecho, y te

matriculabas en Hispánicas. *“Madre, tú sabes cuánto me gusta la Literatura”*, me dijiste. Muy bien, pensé, me encanta esta carrera. Será profesor de Instituto, o quién sabe, puede llegar a ser catedrático de Universidad. Y comenzaron los sueños otra vez. ¡Es tan fácil, y a veces tan necesario soñar...!. Serías más que yo, que soy maestra. Mi profesión es otro de los grandes amores de mi vida. Seguirías mi camino, y cuando yo esté cansada y me jubile, te entregaría el testigo. Me sentiría muy orgullosa cuando, cada mañana, con las clases bien preparadas, fueras en busca de tus alumnos, para compartir con ellos tus saberes. ¿Hay algo más hermoso que enseñar al que no sabe?. El tiempo fue pasando. Él se encarga de ir despertándote con realidades que nada tienen que ver con tus deseos. Tuviste algún problema en los Colegios Mayores, y en un par de ellos te invitaron a abandonarlos, porque llevaste a una amiga a tu habitación. Del tercero te fuiste tú. Habías encontrado un piso para compartir con otros compañeros, *“porque los frailes”*, según tus propias palabras, *“son muy estrictos y controlan demasiado”*. No me gustó la idea, pero cursabas cuarto de carrera, y respetaba tus opiniones.

Eras ya muy inestable emocionalmente, Fernando. Yo comencé a sentirme muy preocupada. Pero nada que llamara excesivamente la atención. No me gustó que abandonaras a Ana, la adolescente de ojos claros y melena rizada, que había sido tu novia desde que ambos hacíais Bachillerato. Cuando dejaste de venir a verla, me preguntaba por ti. Me resultaba embarazoso tener que ser poco sincera con ella. Era una niña que me encantaba por su dulzura, y por nada del mundo hubiera querido engañarla, porque ya sabía algo de tu nueva relación con Hiroko. Pensé que sería un enamoramiento pasajero y esperaba que volvieras con ella. De todas las maneras presentía, no me preguntes por qué, que tu relación con la japonesa podría traerte problemas. Para no herirla, le decía que en cualquier momento vendrías a verla o la escribirías. Llegaste al último año de Licenciatura. Liado como estabas con Hiroko

Madsumoto, olvidaste pedir prórroga, y éste fue el primer problema, de los muchos que yo presentía que te pudiera acarrear esta relación. Fuiste llamado para cumplir las Milicias Universitarias. Te faltaban tres asignaturas para concluir tu licenciatura en Hispánicas. Cuando habías cumplido seis meses de servicio Militar te licenciaron porque, según el Capitán, abandonabas tu arma en cualquier sitio. Y eso no se puede hacer, hijo. ***“Tenía pánico, madre. tú sabes que “las armas las carga el diablo” Imagínate que la mía, por accidente, se dispara y mata a alguna persona, o a mí mismo... No podía llevarla sobre mi hombro. Yo sé que tú eres la única persona que me entiende...”*** Te diagnosticaron, esquizofrenia. Antes te habían diagnosticado, trastornos de personalidad. Regresaste vencido y solo. La japonesa, terminados sus estudios, regresó a Osaka, donde vivía con sus padres. Te escribió muchas cartas. Cada vez que recibías una, tus crisis se acentuaban. Era una relación condenada al fracaso. Tú no podías ir allá de la forma en que te encontrabas, y sus misivas, te hacían empeorar. Si recibías noticias, mal y si no sabías de ella, peor. Fue un tiempo que pensé que no podríamos soportarlo ni tú ni yo. Después silencio. El tiempo y la distancia rompieron el amor. Pasaste un año de depresiones que prefiero no recordar, porque tendría que volver a vivirlo y no sé si mi corazón, ya cansado, podría soportarlo. Al año siguiente te matriculaste de las tres asignaturas, que te quedaban, en la Facultad de Letras de Valladolid, en la misma que habías hecho tu carrera. Ya no estaban tus antiguos compañeros. Te sentías solo y comenzaste a beber, Fernando.

Un día decidiste subir a un talgo y llegaste hasta Córdoba. Descendiste en la Ciudad de los Califas, como lo podrías haber hecho en Melbourne, si en vez de un tren, hubieras cogido un avión. Era una huída de ti mismo, hacia ningún sitio...Te ofrecieron cocaína cuando pasabas frente a la puerta de un hotel, cuyo nombre prefiero silenciar, y saliste corriendo, atemorizado, a refugiarte en el primer

puesto de Policía que encontraste. Les dijiste que eras universitario, que habías llegado hasta allí en busca de trabajo. ***“A mal sitio has venido, muchacho. Aquí no te será fácil encontrarlo. Te daremos un bocadillo para cenar y un jergón para dormir, y mañana regresas a tu universidad. Tendrás preocupados a tus padres si se enteran de tu desaparición”***, te dijeron. Nos llamaron por teléfono, y nos informaron de lo que había pasado. Los policías, tan acostumbrados a tratar con todo tipo de gente, debieron darse cuenta nada más hablar contigo que algo te sucedía, y el trato para con nosotros fue exquisito. Vaya en este relato, mi gratitud hacia ellos. Te supliqué que regresaras a casa. ***“Tengo que estudiar, madre. Debo volver a la Universidad”***, me dijiste. Y volviste. Y días más tarde decidiste subir de nuevo a otro tren. Querías visitar Ávila. Recorrer su muralla, la mejor conservada de las construidas en la Edad Media. Visitarías su Catedral de Estilo Ojival. Tenías todo el fin de semana para visitar los monumentos de la ciudad, según me dijiste, demasiado eufórico, cuando me llamaste por teléfono: ***“Estoy en la ciudad de la santa más mística, y más santa de todas, Santa Teresa de Ávila. Volveré a ser yo”, madre. “Y en vez de empaparme de alcohol, me empaparé de arte”***, me afirmaste. ***“Iré al Convento de Santo Tomás y admiraré el Retablo Pictórico de Alonso Berruguete”***. Habías preparado y programado perfectamente tu viaje. Me quedé preocupada. Presentí que algo estaba a punto de salirnos mal. Esa desmedida alegría en ti, que eres un hombre más bien triste, no era normal. Sentí un estremecimiento y los latidos de mi corazón se aceleraron, cuando el domingo por la mañana sonó el teléfono, y me comunicaron que estabas ingresado en el “Hospital Psiquiátrico Infanta Elena”. El tiempo que le llevó al tren recorrer la distancia entre Santander y Ávila, me pareció una eternidad. La angustia de no saber qué habías hecho para estar allí, me impedía respirar a ratos. Tenía la impresión de que el tren y yo nos habíamos parado en uno de los numerosos túneles, que atraviesa por su camino de

hierro. Que nunca llegaríamos. Ya no te vería más. Mi mente estaba a punto de quebrarse como, tal vez, lo estuviera la tuya. Me preguntaba una y mil veces: ¿¿Por qué?!...¿¿Por qué?!, ¡Oh, Dios mío, ¿por qué?!

Terminó, por fin, el viaje más largo y más amargo de mi vida. Todavía hoy, cuando lo cuento, vuelven las taquicardias y las lágrimas impiden ver lo que escribo. Un taxi me acercó al Hospital. No me dejaron verte. Estabas incomunicado. Por favor, le dije a la enfermera, vengo desde Santander y necesito verlo. ¿Tan grave es lo que ha hecho?. ***“Ha dado un puñetazo a un celador”***, me contestó sin mirarme, y sin dejar de andar. Añadió antes de desaparecer por una puerta, que se cerró en mi nariz: ***“Y ése es el castigo que imponen las normas del Centro”***. No me moveré de aquí, si no me demuestran que mi hijo está bien. Déjenme, por favor, hablar por teléfono con él, le supliqué a un recepcionista, de ojos de hielo, que me miraba indiferente. Tras una larga espera, que a mi se me hizo interminable, me autorizaron a hablar contigo. Cuando oí tu voz, a través del hilo telefónico, me emocioné mucho, hijo. ***“Perdóname, madre”***, me dijiste antes de que yo te preguntara por qué estabas allí, y cómo era posible que hubieras agredido a un celador. Después fuiste aclarándomelo todo: ***“Mientras paseaba solo por la ciudad, pensé en Hiroko, a quién no volveré a ver. Me sentí mal y busqué refugio en una cerveza, luego otra, a las que siguieron muchas más. Así hasta que, completamente ebrio, di una patada a un escaparate y la luna se rompió. Y en vez de alejarme del lugar, me senté en el suelo, sin darle importancia a lo que acababa de hacer, y sin medir las consecuencias que ello pudiera acarrear. Llegó un policía amable, que se dio cuenta inmediatamente de mi estado. Y decidió que la cárcel no era lugar adecuado para mí, y que el sitio en el que debía estar, era éste. Y hasta aquí me trajo. Y ¿sabes, madre?, el celador que se hizo cargo de mí, me retorció el brazo hacia atrás, produciéndome un fuerte dolor.***

Por eso me solté y le di un puñetazo. El contó su versión, totalmente falsa. Ni me molesté en desmentirlo. Además, a mí nadie me preguntó nada. Al fin y al cabo ¿quién soy yo?, para que se me escuche... Un pobre loco, un demente. Lo más terrible de esta incomunicación, es que ni siquiera puedo tener un libro para distraerme. Sólo a través de mi ventana veo un trozo de cielo azul, y al atardecer, un postrero rayo de sol viene a despedirse de mí hasta la mañana siguiente”.

Para qué voy a contar cómo fue mi regreso a casa. No quiero volver a sufrir escribiéndolo. Me costó subir al tren. Tenía la sensación de llevar sobre mis espaldas el hospital. ¡Cómo me pesaba!. A los cinco días, por buen comportamiento, te levantaron el castigo y me llamaste a casa. **“Madre”,** me dijiste, **“ya me dejan salir y visitar la Cafetería y la Biblioteca del Centro”.** Cuando te pones trascendental, me llamas madre, creo que ya lo he repetido a lo largo de nuestra historia, y me encanta. Me emociona más que mamá. La alegría fue inmensa. Habías conocido en el Bar del Psiquiátrico a un chico que había terminado Derecho hacía dos años, y que estaba allí ingresado contigo. Ya podías salir por Avila y estabas visitando, acompañado de Ángel, tu nuevo amigo, los monumentos que no habías podido ver antes de tu ingreso. **“Hay que aprovechar estos escasos momentos de felicidad que nos brinda la vida, madre”,** me dijiste. En breve te darían el alta, y podría ir a recogerte.

Fui a buscarte con la intención de que vinieras a Santander conmigo. Te rogué, una y mil veces, que regresaras a casa. Todo fue inútil, te apeaste en Valladolid, porque estabas dispuesto a intentar aprobar las tres asignaturas que te faltaban para terminar tu Licenciatura. El resto del viaje lo hice preocupada. El Psiquiatra te había recomendado tranquilidad durante una temporada, pero junio estaba cerca, y los exámenes finales también. Intentaste retomar tus clases de la Universidad. No pudo ser. Te sentías fatal. Un día llamaste por teléfono, tu voz sonó angustiada:

madre, “no puedo más” me dijiste. *A veces he pensado incluso en suicidarme, pero hay que ser muy valiente para hacerlo.* Te animé a que si no podías coger un tren, tomaras un taxi y te vinieras a casa. Saliste de Valladolid sin despedirte de nadie, a escondidas, como lo haría un fugitivo, o un delincuente. Regresaste abatido y sin ganas de hablar *“Nadie puede imaginarse cómo me pesa mi fracaso”*, me dijiste. Los meses siguientes al abandono de tus estudios, fueron terribles. Era imposible vivir contigo. No hablabas, gritabas. Te volviste irascible e irritable. . Montabas escenas cargadas de agresividad. En el ambiente se notaba, cuando tú estabas, una violencia contenida. Y tus largos silencios, Fernando, hijo, estaban tan preñados de mensajes mudos y tan negativos, que presentía que una explosión de impropiedades podría romperlos en cualquier momento. Me culpabas de todas tus frustraciones. ¡Cuántas veces el miedo me hizo salir huyendo de ti!. Tal vez tengas razón. Y yo, que he tratado de educar a varias generaciones lo mejor que he podido y he sabido, me haya equivocado contigo. Sin embargo, cuando la calma y la paz regresaban a tu mente atormentada, podías ser tan tierno, tan culto, y tan buen hijo, que me hacías olvidar todos los malos ratos vividos.

Cualquier tarde de paseo podía convertirse en una visita a Urgencias del Hospital, donde pedías ayuda al Psiquiatra de guardia. Unas veces porque temías hacerle daño a alguna persona, y otras, porque tenías de miedo de que te lo hicieran a ti. Les convencías para que te ingresaran. Ellos te aconsejaban que procuraras vencer esos miedos que tenías, en los lugares donde se producían. Que no estabas para ingresar. Pero te quedabas. Asegurabas que la gente con la que te cruzabas no tenía cara, que no conseguías conocerlos y eso te producía temor, y el paseo se te hacía insoportable. Cuando se te pasaba la paranoia, te escapabas sin esperar el alta. Tenía que acompañarte yo para que firmaras tu salida voluntaria.. Temías que te castigaran y te obligaran a quedarte allí, por haberte escapado. No comprendo, hijo, para qué vas al

Hospital si al día siguiente te sales sin pedir el alta. ***“Tú no lo entiendes, madre, porque te encuentras bien en todas las partes. Pero yo es en él, en el Hospital, donde mejor estoy, a veces. Los doctores, los celadores, las enfermeras y los enfermos, me miran, no me huyen porque me conocen, me sonríen , me hablan. No estoy tan solo. “Pero hombre, Fernando”, me dicen, “¿qué haces aquí otra vez?”***

Había tardes en las que decidías acercarte a pasear a la orilla del mar. Cuando te cansabas, te sentabas en una barca varada en la playa, que hacía tiempo que había dejado de navegar, porque su dueño la había abandonado, así como estaba, boca abajo. En el costado se leía, casi borrado, su nombre: "Mimosa II". Cada día que pasaba, se hundía más y más en la arena... Tuviste que suspender el paseo porque, en breves instantes, el suave viento se convirtió en un vendaval, que arrancó varios árboles y hubiera sido peligroso permanecer cerca del mar, porque olas gigantescas chocaron violentamente contra el muro que separaba el Paseo Marítimo de la playa, y arrastraron mar adentro montones de arena. Tu rapidez de reflejos te libró de un inminente peligro, puesto que tu barca varada, fue empujada hacia el agua y estrellada con furia, esa furia incontenible del Mar Cantábrico cuando se enfada, y seccionada en trozos de madera, que desaparecieron para siempre entre las corrientes y las mareas.

Tuvimos una temporada de relativa tranquilidad. Una vez más el equilibrio y la calma regresaron a ti. Yo te animaba a escribir, porque creo que es una buena terapia. Lo digo por propia experiencia. Cuando creo que nuestro mundo, el tuyo y el mío, se desmorona, escribo sin parar: lo que siento, lo que pienso, lo que quiero. Vierto sobre la pantalla amiga de mi ordenador, todos mis anhelos y frustraciones. A veces, cuando lo leo, me doy cuenta de que he abierto de par en par mi armario, desvelando mis secretos mejor guardados. Siento un pudor tremendo y lo borro. Pero consigo liberarme de la angustia que me producían esas vivencias que no me atrevería a

contárselas a nadie. Por eso, hijo, te animo a que escribas. *“No puedo, madre “, me decías. “Soy incapaz de poner en orden mis ideas. Se suceden a tal velocidad, que mi mente parece una centrifugadora. Se hacen un revoltijo, imposible de desenredar y poner en orden. “¿Qué crees que es la locura, madre?. Pues una mente sin frenos, como un caballo desbocado. Yo sé que te costará creerlo, pero es así”.* Y recordabas alguna de tus citas de hombre culto, y a ratos tan cuerdo, que yo escuchaba encantada. *Flaubert dijo: “La mejor manera de escamotearse de la vida, es el trabajo”. “Para mí el trabajo es una utopía. Sueño muchas noches que cada mañana acudo a un Instituto de Enseñanza Media, donde me esperan un montón de alumnos dispuestos a compartir conmigo, mis conocimientos. La realidad se encarga de recordarme que soy un inútil. Que en otros tiempos, se invirtió en mí educación y en mi formación universitaria, y ahora yo devuelvo nada, por todo lo recibido. Es más, a veces, no puedo ni leer un libro, de tan desconcentrado como estoy...”*

Y un mal día sucedió lo que siempre estamos temiendo. Después de la tempestad viene la calma, y al revés. Se acabó la calma, y regresó la tempestad en forma de ingesta excesiva de alcohol, de gritos, de abatimiento, de depresión. Se agudizaban los síntomas de tu enfermedad. Necesitabas ayuda. Tú mismo te dabas cuenta Y esto fue lo que hizo que ingresaras voluntariamente, en el Centro que estás.

No me resigno a darlo todo por perdido. Y mientras llega un nuevo fin de semana para ir a verte, necesito creer para no derrumbarme, que todavía habrá tiempo para que rehagas tu vida. Que regresarás curado. Que tal vez un día encontrarás un trabajo de Administrativo, de Guarda Jurado, de Bombero... ¡Qué más da!. Todos los trabajos son igualmente dignos. Encontrarás una mujer buena y formarás una familia. Tendrás unos hijos a los que yo, su abuela, contaré cuentos maravillosos que yo misma he escrito: “Don Sauce llorón”, “El regreso de las Ninfas”, “La cabrita

montesina”, o “La Mulatita”. Reconozco que a veces la desesperanza se adueña de mí. Este volver a empezar siempre, este retroceder continuo, este desandar lo andado, pienso que no van a tener fin. Este sin vivir, siempre alerta, por si **“los enemigos invisibles”**, como tú los llamas, nos declaran de nuevo la guerra, y me dejan exhausta. Cuando estoy así, agotada, recuerdo una frase que me dijiste tú y que escribió Confucio: **“No hay nada que no venza el dejarse llevar”**. Y yo pienso: si nos sentimos náufragos en las aguas agitadas y turbulentas de un mar embravecido, tal vez, lo mejor que se pueda hacer, para no morir en lucha desigual con ellas, sea dejarse mecer, llevar, y traer, y mientras, tratar de recuperar fuerzas para volver a intentar alcanzar la orilla blanca. Sólo así, podremos sobrevivir y quién sabe, ¿por qué no?, lograr la tan anhelada victoria..

Quando tú estás lejos, recuerdo muchas frases que me has dicho y que en la distancia, y a solas, toman un significado muy especial. Una mañana lluviosa, envuelta en una oscuridad prematura, que habías bajado de tu casa a la nuestra, para comer conmigo, durante la sobremesa, mientras saboreábamos una tacita de café, me miraste a los ojos y me dijiste: **“Mamá, estás en la cima de tu vida. Te deseo un suave y largo descenso”**. Me gustaron mucho esas palabras. Pero me temo que no va a ser posible, mientras no seas capaz de manejar las riendas de tu vida. Mientras no cesen tus hospitalizaciones, yo seguiré llevando entre mis recuerdos ese lugar donde tú estás. Y aunque reconozco que me he familiarizado mucho con ellos, y que les he perdido el miedo que les tenía de niña, aún alteran mi ritmo cardíaco... Mientras estés ingresado en el Centro Asistencial, cruzaremos el Puente de Piedra sobre el Río Carrión, cada fin de semana. Comeremos juntos en un restaurante fuera del hospital, aunque me inquieten esos silencios largos que nos incomunican. A nuestro alrededor se ríe, se habla en un tono de voz demasiado alto. Sólo nosotros permanecemos callados, mirando al plato,

esquivándonos la mirada. De vez en cuando te fijas en mí. Yo he aprendido a leer en tus ojos. A veces cariñosos y agradecidos. Otras, las menos, cargados de reproches. En la última visita, una vez más, me acusaste de ser la culpable de que estuvieras allí y de que con el tiempo, termines quizás para siempre, en este Centro, o en otro similar. A continuación te levantaste y abandonaste la mesa, sin terminar de comer. Regresaste pasada media hora, y pediste perdón. No te gusta comportarte así. Después te sientes mal. ***“No sé por qué, madre, siempre termino haciendo algo de lo que debo arrepentirme...”***

El otoño sigue avanzando hacia el invierno. Hoy la temperatura es agradable, y el cielo está azul. Un velo suave de niebla, envuelve y suaviza las lejanas montañas. Han terminado de desnudarse los álamos temblones que están junto a la puerta de hierro, pintada de verde, del parque que rodea nuestra casa. Hace unos meses, el viejo magnolio exhibía orgulloso sus inmensas flores blancas, que poco a poco se marchitaron perdiendo su lozanía, y cayeron al suelo. Mientras espero tu vuelta, que será para Navidad, pienso que regresarás curado de esa maldita adicción. Que vivirás feliz en tu apartamento. Que nos sacudiremos para siempre los hospitales. Que volarás solo, porque yo me temo que algún día, ya no podré remontar el vuelo contigo...

¿Fueron mis pesadillas de adolescente, una premonición de lo que nos tocaría vivir en el futuro...?

Epílogo

El fuerte viento de la noche se convirtió en huracanado al amanecer. Se había vuelto loco el mar. Olas gigantescas se estrellaban con fuerza contra aquel muro infranqueable de hormigón, que discurría paralelo a la costa, hasta más allá de donde la vista alcanzaba. ¿Qué hacía yo allí, aquella desapacible mañana, paseando por aquel lugar de suelo rocoso, húmedo y resbaladizo, en el que un mal paso me precipitaría, sin remedio, en las turbulentas aguas de aquel mar enbravecido, que me engullirían como una serpiente boa engulle a un pajarillo, después de estrellarme contra las rocas?. Sin duda me había metido en aquel callejón sin salida, porque era el único camino que tenía para pasar a la otra orilla, que era la que yo quería alcanzar. Lo tenía difícilísimo. Suponiendo que consiguiese sortear las dificultades del suelo, en un descuido, una de aquellas disparatadas y violentas olas golpearía mi cuerpo contra aquella muralla infinita, y me incrustaría en ella. Con el devenir de los tiempos me convertiría en un fósil humano, como si de un mejillón se tratase. Conmigo, caminando siempre hacia adelante, venía más gente. No nos mirábamos. No había tiempo. Teníamos que sortear peligros: rocas resbaladizas, golpes de mar, corrientes de agua que, de vez en cuando, invadían nuestro camino.

Por los gritos que oía detrás de mí, algunos perdían el equilibrio y desaparecían para siempre bajo las oscuras y profundas aguas de aquel océano. Otros eran arrastrados por las olas. ¡Dios mío!, aquello era una huida desesperada hacia adelante. Personas desconocidas venían en dirección contraria a la nuestra. Corrían los mismos riesgos que nosotros, pero ellas habían equivocado su camino. Les grité angustiada: ¡no sigáis, volved, os habéis equivocado!. ¡Camináis hacia el abismo!. Nadie me obedeció. Nadie pareció oírme. Tal vez no quisieran, o no pudieran cambiar su destino.

Allá a lo lejos el mar se estrechaba. Sobre él se extendía algo parecido a un puente sin las barandillas protectoras laterales. De vez en cuando, una impetuosa corriente de agua lo barría, arrastrando hacia las profundidades marinas a todos los seres humanos que en ese momento intentaban cruzarlo. Parecía poco menos que imposible intentar pasar por él, sin ser barrido por aquella corriente diabólica, empeñada en llevarse con ella a todos los valientes que habían sido capaces de llegar hasta allí, e intentaban pasar hacia el otro lado. Era el último reto de los que estábamos dispuestos a intentar alcanzar la orilla blanca...

A medida que iba acercándome al lugar por el que accedería, no sin riesgo, al otro lado: al de la calma, la seguridad y la libertad, acerté a distinguir a una persona que con un banderín rojo en la mano y un silbato en la boca, estaba al mismo borde del puente. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para reconocer los rasgos de su cara, me di cuenta que era el Jefe de Estación del pueblo donde yo descendía del tren para dirigirme al Colegio donde impartía clases de Lengua y Literatura Españolas. Me saludó al reconocermelo y me dijo que esperase hasta que él levantase el banderín y silbase. Justo en ese momento, debería cruzar el paso a toda velocidad para no ser alcanzada por la ola gigantesca que, a intervalos

regulares y cada pocos segundos, cruzaba el puente y se estrellaba violentamente contra las rocas que rodeaban el brazo de mar.

Así lo hice: a su señal, salí corriendo como alma que lleva el diablo, mirando siempre al frente. De pronto reconocí a la persona que venía en dirección a la mía y la sangre se me heló en las venas: ¡Era mi hijo!. Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que amenazaban romperme el pecho. Lo cogí del brazo y tiré con fuerza de él. ¡No vayas en esa dirección!. ¡Ven conmigo!. No sigas por ese camino, te perderás porque es el equivocado. Si seguimos aquí, los dos pereceremos, le grité. Se resistió unos segundos que me parecieron una eternidad. ¡Por fin, salimos corriendo cogidos de la mano!. Él me ayudó en los últimos momentos, cuando estaba tan exhausta que no podía seguir, y estuvimos a punto de ser arrastrados hacia el abismo, por aquel torbellino de agua que arrasó el puente, en el mismo momento en el que acabábamos de alcanzar la orilla blanca...

Cuando oímos el ruido de la corriente maldita estrellándose contra el acantilado, después de llevarse con ella a todas las personas que nos seguían a pocos pasos, mi hijo me miró con sus ojos tristes y me dijo: ¡Madre, estamos salvados!. ¡Pero cuánta gente ha muerto por intentar llegar hasta aquí...! A nuestro alrededor, mucha paz: ni vientos huracanados, ni olas gigantescas, ni senderos resbaladizos, ni muros infranqueables. Allá a lo lejos, el horizonte azul, abierto hacia la vida y la libertad...

Cuando me desperté bien entrada la mañana, tenía un fuerte dolor de cabeza. Los rayos del sol atravesaban el cristal de mi ventana. Un gorrioncillo inquieto y glotón piaba reclamando su ración diaria de migas de pan.

